

MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA Y SIGNO DE NUESTRA ESPERANZA

CARDENAL EDUARDO F. PIRONIO(†)

Siempre es gozoso celebrar fiestas de Nuestra Señora. Se nos llena el corazón filial de una alegría muy honda y contagiosa. Sentimos su presencia maternal en nuestra vida. Más cuando estamos contemplando el misterio de la Iglesia; cuando estamos meditando en esa fe viva, que se llama *oración*, el misterio de la Iglesia.

NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA

La esperanza es camino y María nos enseña a subir y nos lleva al Monte Santo que es Cristo. La esperanza es tensión hacia la meta definitiva y María nos abre, glorificada ya en el cielo, esa meta definitiva. Allí, en el Reino consumado, está nuestro verdadero nombre, el nombre que alcanzaremos un día cuando entremos en el reposo definitivo del Padre; y María es luz que anticipa esta esperanza para todos los que peregrinan. Ella es *signo de esperanza cierta*, como la llama el Concilio.

María es la *nubecilla* bíblica que se va agrandando hasta cubrir el cielo y dejar caer la lluvia sobre la tierra. María de Nazaret, la pequeña, la pobre, misteriosamente fecunda por la acción del Espíritu Santo, deja caer la lluvia que es Cristo el Señor, el salvador de los hombres, nuestra paz, nuestra única esperanza. ¡Cómo se nos ensancha el corazón en María de la Esperanza, cuando sentimos también nosotros el corazón demasiado reseco y demasiado sediento, como la tierra de Israel, como la Galilea, cuando recibió la lluvia misteriosa del Profeta!

Sedientos estaban los siglos cuando el ángel se apareció en Galilea a una mujer pobre y le dijo que pronto iba a venir la lluvia, que pronto iba a nacer la paz, el Salvador, que pronto se iban a cumplir los tiempos señalados por el Padre, la plenitud de los tiempos, y que de Ella nacería Alguien que nos traería la paz, la salvación y la vida. Esto nos llena de esperanza.

Nuestra Señora de la Esperanza nos abre de nuevo el corazón a una esperanza firmísima. Cuando vemos que nos queda largo camino por andar podemos sentir la tentación del miedo y de la duda. Porque ahora que estamos en el monte estamos bien; pero cuando bajemos y empecemos a pisar otra vez las espinas de cada día y experimentemos el calor del desierto y se nos vayan llagando los pies y nos vayamos sintiendo más solos, y el trabajo nos golpee y las contradicciones nos hieran, todo será distinto.

La Iglesia que creemos, que amamos, que gustamos; esa Iglesia que somos, que llena tan hondamente nuestro corazón y nuestra boca; esa Iglesia que gritamos a cada rato, esa misma es la Iglesia que después, cuando bajemos de la montaña santa, tenemos que gritar, que proclamar, que testificar y que construir con todos los hombres nuestros hermanos, con los Obispos, con el Papa, con los sacerdotes, con los niños, con los jóvenes, con los obreros, con toda la gente que espera nuestro descenso del monte. Allí donde está Nuestra Señora allí están Cristo y la Iglesia.

Estas tres dimensiones tienen que iluminar el misterio de nuestra vida consagrada. La Iglesia nace en la plenitud de fe de María en la Anunciación; en su ardor de *caridad*, en la Cruz; en su plena *docilidad* al Espíritu, en Pentecostés. Son como los tres momentos del nacimiento de la Iglesia: *la Anunciación, el Calvario, Pentecostés*. Tres momentos de progresivo nacimiento de la Iglesia, y en los tres está María, en los tres está el Espíritu Santo formando progresivamente a Cristo. El Cristo, Hijo de Dios, que toma, de las entrañas virginales de María, la fragilidad de nuestra carne.^[223]

EN LA ANUNCIACIÓN

En ese momento de la Anunciación está María con su *sí*, con su *fiat*, está la plenitud de su fe. María que dice *sí*. Y dice que *sí* porque sabe que Dios, que es amor, se lo pide, y sabe que ese Dios que es amor y se lo pide, lo puede todo. Entonces no duda y le dice *sí*: "Yo soy la servidora del Señor, que se haga en mi según tu palabra". La Iglesia nace de la plenitud de fe de María, en la sencillez de su *sí* total, generoso, radical a la Palabra. Cambió la historia cuando María dijo *sí*. Va a llegar el momento en que la nube, preñada de Cristo, se abra sin partirse, sin quebrarse. En la virginidad nos dará la luz, la alegría, la paz, la esperanza, porque María dijo que *sí*. Por eso Isabel le dirá: "Bienaventurada tú porque has creído, porque dijiste *que sí*."

También bienaventurados nosotros, María, porque tú dijiste que *sí*.

Es el momento de renovar la determinación y la alegría de nuestro *sí*. En la plenitud de fe de nuestro corazón nacerá la Iglesia. Esa Iglesia que debemos llevar después en misión, que debemos gritar a todos los hombres.

Señor, cuántas cosas me has mostrado, cuántos horizontes me has abierto. Yo cierro los ojos, y como María de Nazaret, te digo que sí, para que la Iglesia empiece a nacer en mi corazón. Yo te digo que sí con toda el alma. Señor, creo, te digo que sí, soy tu siervo: hágase en mi según tu palabra.

EN EL CALVARIO

El segundo momento de este nacimiento de la Iglesia es el ardor de caridad de María, ardor de amor. ¿Cuándo se expresa más plenamente ese amor? En la donación de la Cruz; ahí está el signo más pleno del amor. Y ahí, del costado de Cristo que se da, que muere por amor al Padre y a los hombres, nace la Iglesia simbolizada en la sangre y en el agua: Bautismo y Eucaristía, Espíritu Santo en el agua y en el fuego. Nace la Iglesia del costado de Cristo y allí esta María, serena, al pie de la Cruz.

En este amor de María nace, también para nosotros, la Iglesia. Gracias, María, porque también allí dijiste que *sí*. Pero, gracias porque no fue solamente en la cruz, porque tu amor se hizo contemplación, primero, y servicio a los hermanos, después; porque tu amor se hizo redención siempre y culminó en la cruz. Se hizo contemplación en el amor y se hace profundidad, intensidad, intimidad y convivencia con Él

HACER DE NUESTRA VIDA UN DON

"María, tú que fuiste enriquecida por la presencia del Señor en tu pobreza, ayúdanos o desprendernos de todo. Ayúdanos a ser radicalmente pobres, para que comprendamos quiénes son los pobres de hoy, cómo tenemos que ir ellos, cómo tenemos que amarlos, solidarizarnos con ellos, compartir su propio sufrimiento. María, la Pobre, haz que nuestra vida sea un peregrinar de fe, un depender totalmente de la voluntad del Padre. Ayúdanos, María, la Pobre, para que nuestra vida sea una constante donación de servicio a nuestros hermanos. Que la pobreza nos haga felices y serviciales, que nos haga verdaderamente libres y fecundos. Que nos haga hombres y mujeres de esperanza. Amén".

EL AMOR DE MARÍA SE HIZO PRIMERO CONTEMPLACIÓN Y DESPUÉS SERVICIO A LOS HERMANOS. EN ESE PROCESO SE HIZO PROFUNDIDAD, INTENSIDAD, INTIMIDAD Y CONVIVENCIA CON EL ESPÍRITU

María que guarda todas estas cosas y las conserva en su corazón. El amor se ha hecho contemplación, pero el amor se ha hecho después servicio en María, que sale presurosa hacia la montaña donde está Isabel para llevarle la presencia de Cristo, del Salvador; para hacer caer, anticipadamente, algunas gotitas de esa lluvia que ha sido engendrada en Ella y por Ella. El amor se hace servicio en Caná de Galilea cuando María anticipa, en cierto modo, la hora de Jesús, resolviendo un problema a los jóvenes esposos. El amor de María siempre se hizo servicio.

El amor de María se hace redención cuando nos entrega a Jesús en una inmolación total, en pura fe, partiéndosele el alma en un sufrimiento tremendo, en un martirio espiritual, sólo posible en una grandeza tan fuerte como la pequeñez de María. En esa inmolación se da la redención, el amor que se ha hecho redención en la Iglesia.

¡Cuánto tenemos que aprender! María, enséñanos también a nosotros a vivir así. Hemos pensado en la Cruz; hemos meditado, hemos descubierto y saboreado el misterio de la Cruz; ayúdanos a que nazca en nuestro corazón la Iglesia.

EN EL CENÁCULO

Y después, Pentecostés. Llega el momento de la Iglesia misionera, apostólica, evangelizadora; de la Iglesia profética. que sale del Cenáculo. Allí está María, que preside la comunión y la oración de los apóstoles. La Iglesia nace en la plena docilidad de María al Espíritu. Desde entonces será María de la Esperanza, la que nos iluminará, porque empezará la Iglesia a peregrinar saliendo del Cenáculo: a Jerusalén, a Galilea, a Samaria, hacia todos los confines de la tierra. Y María estará misteriosamente presente como Nuestra Señora del Camino, de la Esperanza. No sólo mientras vivió, sino también ahora, glorificada en cuerpo y alma en los cielos, siendo esperanza cierta, va acompañando a esta Iglesia nuestra que peregrina en la cruz, proclamando la muerte del Señor y anticipando su venida.

María del Camino, de la Esperanza, en plena docilidad al Espíritu, dejándose invadir plenamente y conducir por Él. Porque el camino de la esperanza es una peregrinación en el Espíritu. Que también nosotros, Señora, nos dejemos invadir plenamente por el Espíritu, que seamos dóciles, sencillos, gozosamente fieles al Espíritu Santo. Que caminemos en la fe inquebrantable de la esperanza, que contagiemos la esperanza a los demás; que contigo, María, lleguemos al monte de la esperanza, donde reinaremos y gozaremos en la comunión definitiva del Padre, a quien dijiste que sí; del Hijo, a quien nos trajiste al mundo; del Espíritu, por quien te dejaste conducir.